

que queda constancia documental de su ser, en el lopiano «riñón de Castilla».

¿Cambios? Muchos desde el siglo XVI o desde 1922, pero siempre a la par con el nivel de evolución nacional y regional. Como en todo el campo europeo, más tarde o más temprano, el cambio cabal empieza ahora: desde 1990 los hurdanos venden sus viviendas a los cacereños ansiosos de casas de veraneo, y las «chicas» que, amparadas por las monjas salían ya hace veinte años a servir en «los Madrilis», empiezan a no volver porque se casan allí.

MAURIZIO CATANI

CNRS, CEF-MNATP. PARÍS

## Hurdes/Batuecas: Una utopía regresiva

Prácticamente desconocido para la investigación científica de la naturaleza, por lo menos hasta bien entrado el siglo XIX, el espacio físico de las batuecas se configura como un único valle herméticamente cerrado por cadenas montañosas, al que sólo dan acceso dos altos puertos naturales: El Portillo (1.272 m) y los Lobos (1.515 m), además del propio río Batuecas, que discurre por sus profundidades. Esta geografía, singular en más de un sentido, cuya circunscripción se ha extendido hoy en los mapas a cerca de unas 21.000 hectáreas de reserva nacional, donde actúa un microclima de especiales características, ha sido, en el pasado —y hasta en el pasado más inmediato— uno de los focos míticos más importantes con que ha contado el territorio peninsular.

Sorprende que sus dimensiones, al fin y al cabo reducidas, junto a su total despoblamiento —hoy en día y en todas las épocas de que se tiene memoria— haya podido, sin embargo, alentar un ciclo mítico de tan poderosas referencias. Sólo su misma lejanía con respecto a cualquier vía de comunicación de importancia y aún su inaccesibilidad hasta hace bien escaso tiempo, pueden explicar el fenómeno mediante el cual un territorio se inviste, como depositario idóneo, de unos valores que residen, en última instancia, en el inconsciente colectivo y que, mediante ese acto de asunción de su papel estructural en el diseño imaginario de un momento histórico muy concreto, logra resistir el asalto de las fuerzas racionales —y, en realidad, de los instrumentos científicos que son sus auxiliares: la geografía, la historia, la botánica— más allá y durante más tiempo de lo que hubiera sido previsible.

En efecto, ante Las Batuecas, ante lo que es el relato mítico de Las Batuecas (puesto que aquí el mito se ofrece como discurso, como tradición escrita, culta <sup>1</sup>, hay que constatar, lo primero, su longevidad, o, en otros términos, lo que podríamos llamar su resistencia a la extinción.

Esta permanencia inveterada de su formulación a través de varios siglos —por lo menos entre los que van del XVI al XIX (que podría llegar hasta el XX, si consideramos el tema de las Hurdes como prolongación del de Las Batuecas— ha sido conseguida a través de un repertorio de variables que han ido modificando el discurso del mito, manteniéndolo, sin embargo, en lo que tiene de sustancial: su anclaje en formulaciones mitológicas provenientes del mundo clásico, que señalan aquí el extremo máximo de lo que es su área de influencia y, en consecuencia, comienzan su misma disolución y transformación. A menudo, vista la proyección del mito de Las Batuecas, habrá que constatar que han sido, paradójicamente, las propias fuerzas e instrumentos de racionalización, los que han operado en el cuerpo discursivo del mito, esas modificaciones que le han permitido vivir bajo nuevos alientos.

Bajo esta paradoja, me permito ahora señalar alguno de estos momentos en que la intervención de esfuerzos por reducir el imaginario, lo irracional, puede haber causado un efecto contrario, dando nueva viabilidad y regenerando, incluso, la estructura global de la que hablamos. Así sucede con la intervención de la Iglesia, que combatirá aproximadamente desde finales del siglo XVI, el mito pagano, superponiéndole una específica mitología cristiana, que todavía hoy convive junto a aquél. Esta acción eclesial es la que creará uno de los centros de devo-

1 Hablar de mito para el conjunto de relatos que hemos heredado sobre Las Batuecas parecerá, obviamente, abusivo y exagerado, estando más próxima su estructura a lo legendario y, en general, folclórico. Sin embargo, mantendremos a todo lo largo del estudio esta denominación. Por dos razones, fundamentalmente, la primera de las cuales es la de que son los autores antiguos quienes utilizan esa designación más frecuentemente. De otro lado, el mito de Las Batuecas lo es, al menos, genéticamente, dado que proviene de una elaboración —o, más exactamente, de una degradación y desgaste, al tiempo también que de una contaminación— de mitemas provenientes del mito clásico de Orígenes y Edad de Oro. En cualquier caso, querría acogerme a la denominación de Sperber (*El simbolismo en general*, Barcelona 1978, 107), que ve en el mito «un relato culturalmente ejemplar, psicológicamente llamativo, que desde el momento en que una sociedad lo adopta, se convierte precisamente en un mito».

ción mariológica más vitales durante cerca de cuatrocientos años, y además, una literatura de signo hagiográfico que ha producido textos como la *Historia y milagros de Nuestra Señora de La Peña de Francia* (1567) o la *Historia de la admirable invención y milagros de la Thaumaturga imagen de Nuestra Señora de la Peña de Francia* (1728), para reseñar, tanto el orto, como el ocaso de esta corriente de literatura progandística, que tuvo en las proximidades de las Batuecas, en la Peña de Francia, su nueva «montaña sagrada» <sup>2</sup>.

En cierto modo, unos efectos similares a los que consiguió la Iglesia con su implantación en la zona son los que también consigue la labor «colonizadora» de los ilustrados, aunque hay que decir que, probablemente, estos resultados no estaban previstos en la acción desarrollada por aquellos.

De este modo, Feijóo y Ponz, que, en su intento por someter al principio de la historia y al rigor de sus procesos todo lo que había sido la trayectoria del Valle, crean nuevos puntos de interés mitológico, expanden el relato, le conceden una difusión casi propagandística, suministrando un buen número de mitemas que los escritores románticos recogerán poco después, como un auténtico enriquecimiento de un filón narrativo ya de por sí particularmente rico.

Es evidente, para quien se acerca a estas estructuras, como resultan ser, precisamente, los textos elaborados en ese momento de máxima racionalización que es el siglo XVIII —los textos de González de Manuel, Feijóo, Ponz...— los que, a través de la formalización narrativa que de aquellas proponen, llegan a constituir la fuente de información más directa a la que habrán de remitirse, en lo sucesivo, quienes decidan afrontar —en la perspectiva que sea, incluyendo, sobre todo, la propiamente ficcional, imaginativa— el mito de Las Batuecas.

En estas versiones y amplificaciones llevadas a cabo en el siglo de «las luces», a través, sobre todo, de ellas, se puede comprobar la fuerza

2 La Peña de Francia tiene profundas resonancias mitológicas. Entre ellas habría que destacar el hecho de cómo sus representaciones iconográficas —la de M. Gast, por ejemplo, en el siglo XVI— nos remiten a la Tabla de Cebes. Sobre la Tabla, en el contexto español, véase, P. Pedraza, La Tabla de Cebes: un juguete filosófico, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 14 (1983), 93-113.

y versatilidad con que los dos grandes núcleos míticos de origen mediterráneo —Edad de Oro y Orígenes— se instalan en el interior de la geografía peninsular. Lejos de estar ante lo que el chauvinismo localista de un L. Cortés ha llamado ingenuamente «inicua calumnia que pesa sobre el Valle»<sup>3</sup>, nos encontramos ante un tipo de creencias que, pese a las sucesivas reinterpretaciones a que se somete su materia, termina por hacer suyo el discurso que la combate.

En definitiva, el desarrollo del relato mítico de Las Batuecas ha tenido una trayectoria muy larga que ha ido operando como un depósito de acumulación de materiales —de muy distinta procedencia: los apolo-géticos, tanto como los que podríamos llamar críticos o desmitificadores—. Depósito que ha suministrado de todo género de elementos a todo tipo de ficciones, que en torno a él se han ido forjando.

Más escrito que narrado o difundido por estructuras orales que lo emparentarían con la fábula (y «Fábula de Las Batuecas» lo llamará Feijóo), el folclore o la leyenda, Las Batuecas han constituido la base para un relato —suma de todos los discursos singulares que lo componen, al modo en que una serie de frases se estructuran en una alocución—; relato culto, debido fundamentalmente a intelectuales interesados en recrear ficciones con su materia tradicional, en cuyo desenvolvimiento vemos, sobre todo, el reelaborarse de mitos que tiene su última emergencia importante en el momento mismo en que se encuentra configurándose la estructura axiológica de Las Batuecas: el siglo XVI, el Renacimiento. Época, por tanto, que marca el comienzo mismo de la revisión crítica del pasado y época —y esto es fundamental para el objeto que analizamos— de los nuevos descubrimientos geográficos.

La misma obertura del relato, que aparecerá convocado en la historia como un *unicum*, pero dado a través de la variedad de textos que aquí ofrecemos, se encardina, así con lo que fue, en su momento, una problemática ideológica. En modo alguno, la ficción de Batuecas podía estar ajena a unos planteamientos de carácter sociológico, o amputada de lo que es la sociedad en cuyo seno y en un momento específico de su devenir nace.

<sup>3</sup> L. Cortés, *Salamanca en la literatura* (Salamanca 1972).

Es así como el mito se nos revela, en su genealogía misma, como una estructura de repuesta. Respuesta que, en lo imaginario, dirige cuestiones planteadas, a otro nivel, en el engranaje de lo real.

Los pasos de este proceso —de la configuración primitiva a la posterior parodización de una mitología colectiva (representada por un Larra y, en general, por el periodismo decimonónico, que hacen de Las Batuecas un tópico burlesco), pasando por sus momentos de revisión crítica— abarcan casi cuatrocientos años desde los primeros momentos de su formación. Un período, en cualquier caso, demasiado largo como para no suponer una implantación inicial muy poderosa, en el seno de una sociedad —la española de los siglos XVI y XVII— que se configura en buena medida sobre estos esquemas imaginarios, llámense Edad de Oro, Batuecas o descubrimiento de «nuevos mundos».

Pues, de una manera muy precisa, todo lo que significa a través de lo que podemos llamar «mito de Las Batuecas» tiene una conexión muy próxima a la revitalización que, con motivo de la conquista de América, conocieron los mitos mediterráneos sobre la Edad de Oro y los orígenes humanos.

Entre medias de estas dos configuraciones de lo imaginario, Las Batuecas vienen a encarnar una ideación híbrida, donde se amalgaman elementos extraídos del pensamiento utópico —Edad de Oro, Paraíso, *locus amoenus*— con otros provenientes de lo que se suponía habían sido los orígenes del hombre —el «buen salvaje», la inocencia primitiva, el grado cero de la evolución—. Que la conquista de América ofrece en su primer momento genealógico el modelo histórico sobre el que se pliega toda esta estructura de ficción que fueron Las Batuecas lo viene a evidenciar la misma sincronía con que se produjeron estos dos fenómenos, ligados entre sí más de lo que pudiera suponerse.

Es así como, más allá de toda esta estructura cambiante que podemos ver alternativamente bajo la pluma de Lope de Vega o, doscientos cincuenta años más tarde, de la de un Hartzenbusch, lo cierto es que, en lo sustancial, el mito de Las Batueca se encuentra configurado sobre el modelo que le ofrece la especulación imaginaria sobre el Paraíso y los mitemas que lo componen y, por tanto, aparece también como parte

de la reflexión que, sobre el indígena, el «buen salvaje», el *homo ferus*, había activado la conquista de América <sup>4</sup>.

En lo sustancial, opera aquí el sistema folclórico, que tiene como motivo central a un tipo de comunidades que viven aisladas, habitadas por hombres en algún punto «diferentes» al habitante medio de la zona. Así, los batuecos —de existir— se alinearían por sus rasgos junto a pueblos, etnias, o sistemas de organización social como los agotes, margatos, vaqueiros de alzada..., que son portadores de una serie de rasgos, muchos de ellos míticos, cuya inusualidad funda siempre un aislamiento y una segregación.

Pero si bien Las Batuecas como mito participa de muchas de las características atribuidas a las comunidades antes mencionadas, preciso es también decir en qué punto las sobrepasa, profundizando sus estructuras hasta adquirir un perfil más primitivo, más ancestral, más pre-civilizado.

Para los distintos autores que, movidos por una gama amplia de motivos, se han acercado al mito de Las Batuecas, los habitantes de este territorio existen, aun cuando no se dejan ver; son salvajes («bestias sin religión», como escribe Nieremberg) que no han entrado nunca en contacto con otros hombres, con el progreso. Diseñan, en definitiva, un mito: el de los orígenes de la humanidad; una Edad de Oro caracterizada, positiva o negativamente, según las perspectivas ideológicas que en su día quedaran establecidas en el estudio de Lovejoy y Boas sobre el mito <sup>5</sup>.

Edad de Oro; comunidades primitivas, interpretadas desde un punto de vista «duro» o «blando»; dialéctica del «descubrimiento»; mitificación de fórmulas asociales; magia y demonología, se suman en las primeras configuraciones positivas de éste que fue llamado «caso notable en España» (Lope de Vega). Junto a ello, y con el correr del tiempo,

<sup>4</sup> Sobre este tema del primitivismo se reflexiona abundantemente a lo largo del Siglo de Oro. Véase, en este sentido, J. A. Madrigal, *El salvaje y la mitología: el arte y la religión. Estudio sobre la figura del salvaje en la literatura española del Siglo de Oro* (Madrid 1975).

<sup>5</sup> *A Documentary History of Primitivism and Related Ideas in Classical Antiquity* (Baltimore 1935).

nuevas aportaciones van a ir contribuyendo a la complicación y a la falta de contornos definidos que caracteriza a la estructura de la que venimos tratando.

Porque, supuesta y reconocida la barbarie de los habitantes del Valle, hasta el momento de su descubrimiento en tiempos de los Reyes Católicos (en el reinado de Carlos V, para fray Gabriel de San Antonio; en el de Felipe IV, para Ponz), se cuestiona inmediatamente el verdadero origen de esta comunidad, tan herméticamente aislada. Aquí, de nuevo se superpondrán aspectos legendarios tradicionales en el país para fijar, en una variante mitologizante de la historia, lo que reside en el inconsciente colectivo y carece, propiamente, de historia.

El viejo fantasma nacional de la pérdida de España se da entonces en esta geografía, lo mismo que en otros lugares del país, como una suerte de origen para toda la fábula. La versión que ofrece Alfonso Sánchez es, en este sentido, modélica al cubrir la vertiente científica, apoyándose para ello en unos pretendidos descubrimientos arqueológicos; descubrimientos de los que la historia volverá a hablar:

«Halláronse además algunas armas muy parecidas a las godas, viejas, corroidas por la herrumbre. Se creyó que o en el tiempo en que las armas de los Godos y de otras naciones invadieron el imperio Romano, o en la devastación de hispania se encerraron allí por miedo los hombres con sus esposas; que les sucedió lo que al primer orbe, que los hijos, olvidados por culpa de los padres de la verdadera religión, se convirtieron al culto supersticioso de los demonios» <sup>6</sup>.

El argumento, por lo demás, aparece también modificado por los comediógrafos, el primero de ellos de Lope de Vega:

BRIANDA:

¿Cómo habéis vivido aquí  
hombres sin Dios y sin Ley?  
¿Y habláis castellano así?

<sup>6</sup> *De rebus Hispaniae Anacephalaeosis libri septem* (Alcalá 1634), Lib. VII, cap. V, 368.

DARINTO:

Dicen que buyendo un rey  
vino a portar por aquí; y que ciertos labradores  
o soldados de una guerra  
se encerraron en la sierra que admiramos <sup>7</sup>.

Y, también, Matos Fragoso:

Que se tiene por seguro  
que hay gente aquí desde el tiempo  
que el Rey Don Rodrigo puso  
a Castilla en cautiverio <sup>8</sup>.

En conexión con este ciclo de la «pérdida de España» y la pervivencia de restos de oposición a la invasión árabe se encontrarían otros datos como el que, aportado por A. Ponz, en su obra *Viaje de España*, da cuenta de la existencia de un lugar en el Valle conocido como «sepulcro del Rey Don Sebastián».

Sebastianismo, pues; expresiones que hablan de una latencia de lo nacionalista frente a los invasores, pero, también, y casi al mismo tiempo, constancia de que el mito recoge en su amplitud y en toda su contradictoriedad la figura opuesta a todo eso: así, los batuecos, según el historiador del siglo XVII, Cabrera, serían restos rezagados de los árabes expulsados de España. «Alarbes», como escribe el cronista; visigodos, como parecen aceptar algunos otros historiadores; romanos, incluso, que habrían olvidado el grado de civilización que les había llevado allí. Tanto unos como otros, sin embargo, han dejado pruebas fehacientes de su paso por el Valle de Las Batuecas, como se encargó de demostrar, hace ya cuarenta años, el padre Hoyos en su obra *La Alberca, monumento nacional* <sup>9</sup>.

<sup>7</sup> *Las Batuecas del Duque de Alba*, en *Obras de Lope de Vega* (Madrid 1900), t. XI, 509.

<sup>8</sup> *El Nuevo Mundo en Castilla*, en *Parte 37 de Comedias nuevas escritas por los mejores ingenios de España dedicadas a D. Jacinto de Romarate* (Madrid 1671), 85.

<sup>9</sup> Salamanca 1946.

Lope, también, una vez más, y en esto es un riguroso precedente de toda la investigación arqueológica desarrollada en el Valle trescientos años después, incluye en su comedia algunos pasajes que, como el de la aparición de una cueva con pinturas y el cadáver de un guerrero, parecen apuntar hacia la existencia de unos remotísimos habitantes de Las Batuecas, cuya historia se remontaría así hasta la misma prehistoria. Las Batuecas se convierten —al decir del coetáneo de Lope, Baltasar de Moscoso, arzobispo de Toledo— en «pequeña reliquia de la antigua simplicidad».

Veremos más adelante cómo, en una acción personal emprendida para lograr la desmitificación en ese y otros temas, el propio Pons, a finales del siglo XVIII, contribuirá a derribar estos argumentos cuando, refiriéndose a las pinturas rupestres, escribe:

«Se ve un sitio, que llaman el de las cabras pintadas... se veían ciertas figuras muy mal hechas por los pastores con almazarrón, en que aparece quisieron representar cabras» <sup>10</sup>.

Resulta evidente entonces cómo todos los elementos legendarios reciclados en el mito de Las Batuecas han sido contruidos sobre los trazos y direcciones de sentido que transmitía una historia de escasas y mal interpretadas huellas. Historia, por lo demás, que después de su eclosión ficticia a finales del siglo XVI seguirá, doscientos años más tarde, como telón de fondo a las nuevas aportaciones que vienen a suponer las delirantes comedias, relaciones de viaje e incluso novelas que inspiró el tema en el romanticismo europeo.

Todo ello sin olvidar que, ocasionalmente, el tema del Valle conecta, por encima de toda historia conocida de la Península, con un relato vinculado a la mitología clásica grecolatina. Esto al menos parece dar a entender Gracián en *El Criticón*, cuando escribe:

«... Los sátiros y los faunos, batuecos y chichimecos, sabandijas todas que caben en la gran monarquía española» <sup>11</sup>.

<sup>10</sup> *Viaje de España* (Madrid 1778), Carta VIII, t. VII, 188.

<sup>11</sup> *El Criticón*, segunda parte, crisis III.

Volviendo a los descubrimientos americanos y la actualización consiguiente que en el pensamiento teórico de la época éstos generan, ello determina, aquí, en el interior peninsular, el nacimiento de un activo foco de ficción en el que no todo es novedoso. La sociedad española de aquel tiempo en el que hemos localizado la emergencia del mito, es decir, los comienzos del siglo XVI, construye con el mito un verdadero modelo de simulación, un objeto sobre el que ensayar los instrumentos científicos que están comenzando a ponerse a punto con el advenimiento de la Edad Moderna. Por eso, tal vez, el mito tiene en un primer momento una expresión teatral: es exhibido para el análisis en el interior de un aparato hermenéutico que ilustra y que construye una nueva ciencia: la ciencia del hombre.

Consta qué, en la Corte madrileña, las obras sobre Batuecas de Lope de Vega, Hoz o Matos Fragozo sorprenden e intrigan y ello, probablemente, en la medida que ofrecen su versión en otro nivel —en el imaginario— del desarrollo histórico y de sus acontecimientos más significativos que se están viviendo en el país, sobre todo a través de la problemática suscitada por la conquista de América, prolongada más allá de las barreras cronológicas de finales del siglo XVI.

Desde esta perspectiva, frente a la América en proceso de colonización, se alzan estas Batuecas lopescas, todavía vírgenes y susceptibles, por tanto, de una acción homóloga a la llevada a cabo en el otro continente. Sobre ellas, como sobre un objeto de laboratorio, era posible aún entonces detener por un momento el ineluctable avance del saber, de la anexión y del dominio, y hacer así que estos territorios —podríamos decir «de ficción»— se sometieran al análisis, a la flexión y, sobre todo, a ese tipo específico de especulación que introduce en la ficción la variable rechazada por la historia. Y es que, como ha escrito Dumézil:

«Los mitos son relatos basados o no en una situación o un suceso real que tiene en ambos casos dos misiones: ayudar a que la sociedad admita, prefiera, mantenga las condiciones y las formas de su existencia actual, o bien justifique y refuerce una pretensión o una aspiración tradicional o nueva en esa sociedad.»<sup>12</sup>

<sup>12</sup> *Del mito a la Historia*, en A. Al-Azmeh et al., *Historia y diversidad de las culturas* (Barcelona 1984), 113.

Las referencias conocidas y las versiones elaboradas con casi ya la totalidad de los elementos que, en específico, constituyen aquello que podemos denominar «mito de Las Batuecas», se incrementan a partir de los comienzos del siglo XVII. Lo hacen conforme a un procedimiento bien conocido cuando se trata de la comunicación de un tipo de historia que circula marginal a la de los hechos probados y científicos. Las autoridades que tratan el tema comienzan a configurar un sistema cerrado de referencias, al que cada fuente, aun ateniéndose sustancialmente a la información suministrada por las anteriores, añade un nuevo elemento, que viene a engrosar lo legendario.

En este sentido, mientras fray Gabriel de San Antonio, en su *Breve y verdadera relación de los sucesos del Reyno de Camboya* (Valladolid 1604), se muestra parco en su capacidad fabuladora, cuando escribe a propósito del descubrimiento de aquellas tierras, que éste fue realizado de la misma manera «como se descubrieron en Castilla en tiempos del Emperador Carlos V las Majadas de Jurde, junto a la Peña de Francia, que agora son del Duque de Alba a quien el Emperador hizo merced dellas, por averlas descubierto un cazador suyo», el padre Nieremberg ofrece, por el contrario, una cristalización casi completa de los elementos míticos que conoce el territorio de la Sierra de Francia; asunto que le sería reprochado más adelante por la credulidad acrítica de su misma formulación:

«El argumento que algunos hacen para negar la permanencia del Paraíso, o absolutamente, o por lo menos en Mesopotamia, de que no se halla ahora, aunque parece fuerte, no concluye, pues vemos que en medio de España se nos han encubierto por inmemoriales años unos valles que llamamos ahora Las Batuecas, sin saber nosotros de ellos, ni los que estaban allí de nosotros...»

Ya en la misma línea de intensificación, Alonso Sánchez dedicará al mito, ya perfectamente constituido en ese año de 1634 en el que se instala su relato pseudo-histórico, un significativo capítulo «De batuecis», en su enciclopédica obra *De rebus Hispaniae anacephaloeosis libri septem*.

Por todo ello, la ficción de Las Batuecas vehicula en el siglo XVI español, y más allá, en el XVII, una paradoja, que actúa a través de la

reflexión sobre ciertos opuestos que se estaban dando entonces en la cultura y en la historia española.

No es sólo a este nivel que se esté oponiendo y especulando con dos territorios diferentes: la nueva América y el «Nuevo mundo», también recién descubierto en el interior de las sierras del Oeste peninsular, sino que la figura del hombre civilizado se ve enfrentada a la del salvaje, en una reflexión que debemos interpretar como una prolongación —en el caso que analizamos más bien poética, literaria— de las especulaciones teóricamente más sólidas de Moro o Campanella o, más cercanos, de los teólogos que revisaban críticamente el hecho de la incorporación a la Corona y a la civilización de los indígenas americanos.

En todo ello apunta el pensamiento utópico; pero se trata en todo caso, creemos, de una utopía de signo regresivo. Lanza una mirada hacia el pasado y lo reinterpreta dentro de unas claves ideológicas conservadoras, tradicionalistas. Ese es el sentido que alcanza la obra de Lope, como veremos; también el de los historiadores que reinterpretan el tema a la luz de una historia general de la humanidad, y ello —como testimonia el jesuita Nieremberg— bajo las claves de una metafísica cristiana, que examina el pasado en términos de una sicomaquia, donde se concede a las fuerzas del mal una extremada representación.

De aquí nace esa presencia constante del tema demoníaco en toda exposición del mito de Las Batuecas. Vistas bajo la estructura general que ofrece el diseño paradisiaco, Las Batuecas han visto irrumpir, en las ficciones de que han sido objeto, el mal en el diseño idílico del que han partido.

Heredero también, o al menos coetáneo, del gran florecimiento bucólico que tienen como centro la Escuela Poética de Salamanca —Garcilaso, pero también fray Luis de León, De la Torre...—, el mito de Las Batuecas parte de una formalización como Arcadia, que terminará degradándose y acogiendo en su seno no sólo la muerte y las desgracias (*et in Arcadia Ego*, valdría decir también ante esta ficción de Las Batuecas) sino, preferentemente, a las potencias del mal representadas por el tema de la brujería o de lo sobrenatural perverso.

Las Batuecas como estructura mítica vive así por una suerte de procuración; forma un mito vicario constituido por la supervivencia de anti-

guos relatos y creencias. Su «cuerpo» es multiforme y atraviesa, durante siglos, una fase de crecimiento, siendo las versiones literarias las encargadas de expandirle<sup>13</sup>.

Pero esta generalización apenas da cuenta de lo que ha sido la evolución minuciosa del mito, y sólo ofrece la trayectoria seguida dentro de su estructura por uno de sus elementos más significativos y que con más obvio interés fueron retomados en el «momento romántico» por el que atraviesa el ciclo. En esta línea de generalizaciones que abarcan las producciones historiográficas y literarias de un espacio cronológico de cerca de trescientos años, Menéndez Pelayo vio en Las Batuecas un mito que, comenzando por ser geográfico, «pasó a ser mito social y acabó por diluirse en la forma negativa de la sátira»<sup>14</sup>.

Nos interesará, desde luego, a través de los documentos y textos que ahora editamos, dejar constancia de esos tres momentos que hace años registrara el crítico; pero Las Batuecas, como objeto de estudio, ha visto ensancharse sus fronteras o mejor dicho, lo que ha visto aumentar ha sido la finura y el detalle de los análisis que sobre su estructura de ficción hoy pueden ser llevados a cabo. En un sentido muy estricto, hoy nos interesa, especialmente, ese momento ilustrado, «iluminista», por el que atraviesa el mito. Es decir, nos interesa la respuesta ilustrada que su configuración irracional genera en los medios progresistas, que ya desde finales del siglo xvii — y el padre González de Manuel será un ejemplo de ello— estaban tratando de configurar un frente contra la superstición y el pensamiento mágico.

Tanto la *Fábula de Las Batuecas y otros países imaginarios*<sup>15</sup>, como la *Verdadera relación y manifiesto apologético...*<sup>16</sup>, al tratarse de desprender de los elementos mitológicos y acrílicos, se sitúan en los balbuceos mismos de la construcción del discurso histórico tal y como hoy lo conocemos. Desde la perspectiva de una historia local —amenazada hasta entonces por los contenidos acientíficos, más que propiamente

13 *Curiosa filosofía y Tesoro de maravillas de la Naturaleza, examinadas en varias cuestiones naturales* (Madrid 1629), Lib. I, cap. XXXV, 29.

14 Observaciones preliminares a la edición de *Las Batuecas del Duque de Alba*, en *Obras de Lope...*, 147.

15 *Teatro crítico Universal*, t. IV, disc. 10.

16 ... *de la antigüedad de las Batuecas y de su descubrimiento* (Salamanca 1693).

ninguna otra forma de discurso histórico—, la exposición de hechos que proporcionan los relatos arriba mencionados se encuentra entre lo más interesante que en ese campo nos queda del esfuerzo historiográfico del siglo XVIII.

Es desde esta perspectiva desde donde podemos decir con J. Lozano que «el mito lo es para el que lo denuncia, no para el que lo enuncia»<sup>17</sup> y es en esa denuncia y en ese ir desembarazándose de la fabulación, en aras de una búsqueda de la verdad, en donde podemos situar el inicio de la construcción del discurso histórico como relato científico o, al menos, sometido bajo las condiciones de la ciencia.

Más allá también de ese momento ilustrado que, obviamente, Menéndez Pelayo no llegó a vislumbrar con claridad, Las Batuecas conocen una importante revitalización con el romanticismo, de cuya importancia tampoco dio cuenta el historiador de la literatura en sus referencias al tema.

El siglo XIX es un «siglo de oro» para el mito de Las Batuecas. Es entonces cuando su difusión alcanza su cota más alta y en donde adquiere unas resonancias, más allá de las locales y nacionales en las que se encontraba recluido, europeas.

Es en Francia, particularmente, donde el tema experimenta un desarrollo peculiar, pero en lo sustancial bastante fiel a los elementos (mitos) que una tradición secular había venido combinando. Hasta cierto punto, esta emergencia súbita de un tema literario más allá de lo que habían sido sus fronteras naturales tiene su misma base en los geógrafos e historiadores que, todavía, poco identificados con la práctica de un método científico, difunden noticias y datos sobre Las Batuecas; informaciones que se mueven siempre en un territorio liminar al de la fábula y lo legendario.

Será, por ejemplo, el caso de la entrada que a la zona de Las Batuecas se le dedica en el *Nouvelle Dictionnaire de Géographie Universale* (Paris 1879), siguiendo en ello, bien es verdad, las precisiones no menos ahistóricas que había realizado ciento cincuenta años antes un

17 *El discurso histórico* (Madrid 1987), 125.

famoso historiador y geógrafo de la ilustración francesa, Tomas Cornelio Moreri.

Las relaciones de viajes contribuyen ciertamente a esta difusión y popularidad en el país vecino del mito de Las Batuecas: su espacio, sus restos arqueológicos son entonces dibujados con precisión por el propio Gustavo Doré, en uno de sus viajes españoles. Laborde, Borrow, Davillier y Bourgoing, entre otros, integran en sus diseños de recorridos peninsulares el alejado «país de Las Batuecas». Se desvían hasta ese oeste lejano e incomunicado para recoger noticias, ver con sus propios ojos o, en todo caso, para registrar la escenografía real de lo que era ya por entonces una de las mecas de la Europa pintoresca.

Es en este punto donde, de nuevo, emerge la fuerte connotación religiosa que el tratamiento del tema de Las Batuecas ha mantenido siempre. Los viajeros europeos descubren en el Valle, sobre todo, la reliquia de una vida eremítica desaparecida. Más exacto que descubrir, lo que hacen es reinventar entonces lo que de «Desierto», de Yermo, de Tebaida, tuvieron esos lugares con anterioridad a la Desamortización, que provoca, en definitiva, que el Convento sea deshabitado y que se arruine por completo el proyecto de creación del espacio espiritual que soñara doscientos cincuenta años antes fray Tomás de Jesús.

Ateniéndonos a ese momento, es entonces la Iglesia, la huella arqueológica de su acción, la que alimenta retroactivamente el mito con el que, paradójicamente, había pretendido acabar desde siempre. Los monjes, las ruinas de la abadía, las capillas, ocasionalmente también, la vida de venerables ermitaños como el padre Cadete, se integran sin apenas violencia argumental alguna en la ficción que construye el romanticismo; convirtiéndose, en virtud del relato que realiza esa fusión de elementos ancestrales y nuevos, en partes sustanciales del mito. Es en este punto de la evolución del tema que tratamos cuando más que nunca, como ha escrito C. García Gual, «la estructura mítica queda encomendada, para su perpetuación, a los poetas y a los sacerdotes»<sup>18</sup>.

Es específicamente una novela de la condesa de Genlis —*Les Batuecas*—, traducida al castellano en 1826, la que recoge en su dispari-

18 *Mitos, viajes, héroes* (Madrid 1981), 7.



dad la totalidad de las direcciones temáticas que habían venido acumulándose en la constitución del mito. George Sand y otros novelistas franceses y alemanes continúan alimentando esta ficción más allá de todo lo previsible, y ello en unos momentos en los que, ya en España, se había comenzado a tomar conciencia de la dimensión social que el aislamiento de la zona conlleva, así como la carga política a la que se encuentra vinculada toda reflexión que se lleve a cabo sobre el asunto.

Entonces Las Hurdes —y no ya Las Batuecas, cuya realidad geográfica se ve integrada en la de aquélla, después de unos cuantos siglos en que ha sucedido justamente lo contrario— se convierten en un símbolo nacional, como declara, a finales del siglo XIX, el P. Velasco, el fundador del Museo Etnográfico madrileño, en una *Nota a la Sociedad Española de Antropología y Etnografía*:

«Es posible que haya sobre la haz de la tierra hombres desnudos, sujetos a todas las inclemencias, sin ley, sin sentimientos humanos, que imitan a las fieras...? Pues nosotros, que tanto lamentamos la barbarie de ciertos remotos países, tenemos ante nuestros ojos una región...»<sup>19</sup>.

Simultáneamente, geógrafos, ingenieros, sociólogos, eruditos y simples viajeros emprenden una revisión precisa, desde la óptica que les aportan sus distintas disciplinas, de los valles de la comarca de Las Hurdes y Las Batuecas, indistintamente. De los textos de Bide, Santibáñez, Escobar, Prieto, Hoyos, Legrendre, Barrantes e incluso Menéndez Pelayo, es desde donde nace la refutación definitiva para el mito de Las Batuecas.

Momento inaugural también estos finales del siglo XIX, para que las Hurdes y Las Batuecas, como un solo territorio, alcancen un nuevo significado, integrando una moderna y terrible mitología del país: aquella que filmaría Luis Buñuel en *Tierras sin pan*, o que Chamorro reflejara en su novela *Las Hurdes: tierra sin tierra*<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Cit, por Bide, 'Las Batuecas y las Jurdes', *Boletín de la Sociedd Geográfica de Madrid* (1892), 297.

<sup>20</sup> Es muy abundante la bibliografía de recientes novelas y relatos de viajes por Las Hurdes y Batuecas; entre ella, cabe destacar el libro de A. Ferrés y A. López Salinas, *Caminando por las Hurdes* (Barcelona 1960).

Durante mucho tiempo se mantienen indiferenciadas Hurdes y Batuecas, y ello como metáforas de la situación global por la que atraviesa el país. De algún modo oscuro sirven para definir en momentos graves la esencia de lo español (y de ahí su factibilidad como mitos eficaces, es decir, como máquinas simbólicas para entender la realidad en otros términos). Batuecas cifra así, en esta dimensión social que habla de abandono, ignorancia, atraso y falta de civilización, algo del destino que le cabe al país, a toda España.

Rafael Sánchez Mazas, que viaja al Valle en unos momentos conflictivos en la historia española, lo reseña en un álbum de firmas que se ha mantenido en uso en el convento del Santo Desierto de San José hasta el año de 1936:

«Julio de 1930. Cuando toda España estaba en Las Batuecas y en las Batuecas empezaba a estar, otra vez España».

Cuando las connotaciones sociales del tema trágico de las Hurdes ceden (pero eso sólo comenzará a ocurrir a partir ya de los años 60-70 de este siglo); cuando se transforman las condiciones económicas objetivas de la zona, entonces también vuelve a recuperarse el aliento mítico del tema. Es así como Francisco Nieva estrena entonces, en Madrid y en 1981, su «nueva comedia de magia» titulada *El rayo colgado*. En ella el arcano de Las Batuecas ha sido expuesto, quizá por última vez, con el lenguaje del mito.

Espectadores y protagonistas han podido allí vislumbrar las profundidades de esta herencia folclórica. Valle y habitantes, personificados estos últimos en monjas aisladas que han perdido su rostro humano, se dejan penetrar por la mirada desmitificadora y crítica para, a continuación, cerrarse para siempre. Las explosiones finales que marcan, en la obra de Francisco Nieva, la llegada del progreso al Valle, sirven para sellar también, y definitivamente, la entrada al mismo. El mito queda metafóricamente preservado así, en un final que no puede ser sino de ficción, del tiempo, su más destructivo enemigo. Todavía más recientemente, el accésit al Premio Adonais de 1986 ha sido concedido a un libro que revive, ahora en una clave sentimental y próxima, lejos de los fulgores épicos del mito, el tema de Las Batuecas como Paraíso, como Edén y Jardín de las Hespérides. Lugar en todo caso interior, acorde con

su misma tradición monástica de cuño eremítico, del que se podría decir, siguiendo a Soto de Rojas, que es un «jardín cerrado para muchos; paraíso abierto para pocos».

Un *Jardín al Oeste*, de Jose Luis Puerto, supone la prolongación por otras vías, y en nuestra contemporaneidad más radical, de un viejo mito cultural. Evocación también de un paisaje, cuyo encanto y singularidad se resiste a desaparecer, congelado como está en una memoria inmemorial que le preserva en cierto sentido de la historia, al mismo tiempo que le otorga una suerte de inmanencia e intemporalidad:

*«Jardín sagrado en que se guardan vírgenes  
los trazos primitivos de la especie,  
enigmáticos ciervos,  
cabras y geometrías,  
signos  
Que siempre nos convocan al origen...»<sup>21</sup>.*

FERNANDO R. DE LA FLOR  
Universidad de Salamanca

<sup>21</sup> J. L. Puerto, *Un jardín al Oeste* (Madrid 1987).

## Ocupación del espacio y «Posesión» de la Tierra. Dos bases fundamentales del sentimiento de identidad colectiva en la comarca de Las Hurdes <sup>1</sup>

### 1. INTRODUCCIÓN

En una primera aproximación al tema que nos ocupa, tres cuestiones iniciales merece la pena destacar. Por un lado, nuestro convencimiento de que la comarca hurdana, constituida hoy por cinco municipios y más de cuarenta alquerías, ha seguido un largo camino en el tiempo hasta configurarse en su *status* actual. Se trata, además, de un proceso de configuración en todos los niveles (espacial, jurídico-administrativo, social y económico), aunque, en esta ocasión, nuestro interés vaya a centrarse de forma prioritaria en sólo dos de ellos: el espacial y el económico (propiedad de la tierra).

Por otro lado, la evidencia igualmente absoluta para nosotros de que, complementándose entre sí, Las Hurdes y Las Batuecas formaron a lo largo de la historia e, incluso, configuran todavía en el presente un todo, un auténtico sistema. Fue sólo la voluntad administrativa la que las separó.

<sup>1</sup> Estas páginas reproducen íntegramente el texto de una conferencia que se pronunció con motivo de unas jornadas sobre *La comarca de Las Hurdes. Historia y realidad* organizadas por la Diputación Provincial de Cáceres y celebrada en el Complejo Cultural de Santa María (Plasencia) en la primavera de 1991.